

DOMINGO PONTIGO 7086

La vida en décimas

Poeta popular

edita la Historia

Sagrada de versos

POR FERNANDO BARRAZA

□ No es fácil llegar hasta Las Pataguas. Primero hay que dirigirse a Melipilla, luego viajar 40 kilómetros hacia San Pedro, un tramo de tierra hasta La Encanada y, finalmente, caminar unos 200 metros a campo traviesa. Ahí, en la cima de una loma, en medio de los sembrados, aparece la humilde casa de barro de Domingo Pontigo, con calabazas y pimentones secándose al sol, con aromas reventando al mediodía, con el aire repleto de oxígeno y el cielo limpio, transparente, celeste, como los ojos del poeta.

Domingo Pontigo ejerce distintos oficios para sobrevivir: zapatero, comerciante ambulante, obrero agrícola. Pero todo eso es adjetivo. El es un poeta:

—Yo me transporto a un mundo superior cuando estoy escribiendo, es lo más lindo e importante de mi vida.

Lo reafirma en sus décimas:

*Cada frase que yo escribo
es un respiro de mi alma,
he acalambreado mis palmas
al compás de mi instrumento*

*y a mi Dios pido talento
mientras pulso mi guitarra*

Desde que nació, hace 48 años, en el fundo El Palqui, cerca de San Pedro de Melipilla, Domingo no ha cambiado de vocación ni de casa. Siempre vivió en esa zona, riquísima en leyendas, apariciones, novenas, velorios de angelitos y pactos con el diablo. También de la epopeya cotidiana del campesino:

—He sido trabajador del campo toda mi vida y he palpado en mi propia carne el peso de los atropellos que se han cometido contra los campesinos.

Todo ese registro vital es la veta del poeta popular, su cantera. El es un artista, pero también un comunicador, que intenta encarnar el alma colectiva, que contribuye a que el pueblo se vea en el espejo de su propia identidad.

Domingo Pontigo nació y se crió entre décimas y cuartetos:

—Las novenas eran muy comunes en mi tierra, pero por ese tiempo la Iglesia no las tomaba en cuenta. A los diez años me sabía ya alrededor de siete versos a lo divino, y tenía ocho años cuando comen-

cé a cantar. En mi casa se celebraba la Novena del Carmen y se juntaban alrededor de unos 20 cantores a lo divino, y yo, viendo y escuchando cantar, aprendí mis primeros versos que aún los conservo como un tesoro en mi memoria.

La madre del poeta, Valentina Meléndez, que tiene más de 80 años y vive actualmente con Domingo, era cantora de cuccas y tonadas. Los tios paternos, Nazario y Luis Pontigo, también eran poetas, igual que su suegro, Rosamel Cardoso. Pero quien más influyó en su vocación fue su hermano mayor, Moisés Pontigo: "El me enseñó a cantar y a tocar la guitarra, cantábamos juntos y así aprendí posturas y versos".

• Biblia campesina

La vida del poeta es dura. Hace ya seis largos meses que está cesante, después de trabajar dos años en la Escuela de La Encanada. El ex alcalde de San Pedro, Manuel Bustos, se interesó en ayudarlo, contratándolo como auxiliar para que en las tardes enseñara folklóre.

La idea era positiva. Pero los alcaldes cambian y no a todos les gusta el folklóre... Germán Mayo llegó en reemplazo de Bustos y dispuso que Pontigo se limitara a su trabajo de auxiliar:

—Me sentí vejado y renuncié. Ahora voy a Santiago una vez al mes, compro mercadería y la salgo a vender en mi moto.

El poeta sobrelleva su pobreza con gran dignidad: "Dios me dio talento, pero no me facilitó los bienes materiales".

Pontigo tiene muy claro cuáles son sus dones y lo explica en décimas:

*En mi canto campesino
hay cariño y hay ternura,
no le busquen la finura
del manjar más exquisito
porque el canto está, repito,
en lengua chilena pura.*



AUTORÍA

Barraza, Fernando

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La vida en décimas [artículo] Fernando Barraza. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile